

bre paleolítico dedicó exclusivamente a esos fines y a actos rituales. Así lo indican, al parecer, exhaustivas investigaciones realizadas en las cavernas de Lascaux y Altamira." (1)

(1) Nosotros no compartimos plenamente esta afirmación de Mumford; más adelante nos referiremos a ella. Sin embargo, puede citarse contra las palabras de Mumford, el caso de los Kybus de Sumatra.

CAPITULO II

DEL RIGOR DE LA ECONOMIA RECOLECTORA AL ASENTAMIENTO

Algunas corrientes antropológicas consideran que los primeros actos sociales, es decir, que los primeros instantes en que el hombre paleolítico se detiene en su incesante peregrinar tras el alimento y la seguridad, son para venerar a sus muertos. Es una teoría que debe aceptarse con reservas. Aquel antepasado recolector o cazador vivió en una permanente lucha contra las estaciones y la distancia. Hoy sabemos que la economía recolectora --la casa y la captura de frutos vegetales-- a duras penas podía alimentar a tres personas por kilómetro cuadrado. De modo que para sustentarse el hombre

Hemos visto, entonces, que hasta el momento actual, o sea a finales del paleolítico, el hombre no revela en ninguna de sus acciones, ni en los testimonios que nos ha legado, el sentido del lucro. Abundan evidencias de que existió una tibia vida social rupestre. Sabemos que el culto al oso, (1) una de las primeras ceremonias realizadas por el hombre, tuvo su asiento en la caverna y que monumentos rupestres como Altamira, nos indican ya la existencia de cuevas que equivalían a verdaderos santuarios. Eran, en cierto modo, recintos tibios y protectores para el hombre paleolítico. Pero en ningún momento encontramos huella alguna de manifestación de lucro. Es que no ha sur-

(1) El oso, por ejemplo, fué una verdadera despensa viviente para el hombre neandertalés. Animal lento, de habitual inofensivo y que generalmente permanecía dormido, fué la presa ideal y el primer gran recurso del hombre de las cavernas. La carne y la grasa eran de buen sabor y de sus huesos se podían hacer excelentes armas. De acuerdo con recientes descubrimientos antropológicos, gran parte de la economía del hombre neandertalés se basaba en la caza y la domesticación del oso. Se estima que el oso fué el primer animal domesticado por el hombre. El hacha de piedra, por ejemplo, fué un invento exclusivamente para mejorar la caza del oso y para utilizar su carne y su piel construyó verdaderos cuchillos de piedra, rascadores y raspadores, y para matar al oso, aún en los rincones más inaccesibles de las cavernas, el neandertalés europeo inventó la lanza y le puso mangos y garrotes a sus primeras armas de piedra, con lo cual dió inicio a una verdadera industria de la armería. Este fué un momento que señala otra gran crisis en la vida del hombre, semejante a la que vivió el preantropus cuando descubrió el fuego. Debe saberse que alrededor del oso de las cavernas surgen las primeras ceremonias religiosas. Se cree que el sacrificio del oso fué, según estiman numerosos etnólogos, una de las primeras exteriorizaciones culturales que lleva a cabo la humanidad.

gido aún el acto que denota la existencia de alguna acumulación deliberada de excedentes.

El surgimiento de excedentes aparece con el asentamiento y éste, durante el mesolítico. Para esta fecha ya descubrimos rastros frecuentes de comunidades desde el Sudeste de Asia hasta el mar Báltico. En este período el hombre ha domesticado el perro y progresivamente ha incorporado otros animales. Estos primitivos asentamientos mesolíticos surgen como formas sociales para aprovechar la captura fácil y abundante de mariscos y peces. Es lo que se desprende de la ubicación de algunas aldeas mesolíticas conocidas.

Unos tres o cuatro mil años más tarde, el hombre nos sale al encuentro como dueño de ciertos conocimientos agrícolas, ya que siembra sistemáticamente algunas hierbas cuyas semillas consume, lo mismo que ciertos tubérculos; hace uso del buey y de la oveja y ha domesticado al caballo, primer instrumento mediante el cual proyecta y multiplica a voluntad y en cualquier circunstancia su propia energía.

Es bueno señalar, así mismo, que este momento del neolítico fué el instante de la gran transformación del espíritu humano, de la gran crisis, de la gran revolución y que la misma aparece como el fin de un proceso durante el cual se desarrolla una aguda y perspicaz cultura neolítica que efectuó la sabia selección de plantas y animales. "Permitásenos insistir en la concentración del hombre neolítico en la vida orgánica y el crecimiento --nos dice Mumford--. Aquí no sólo se trata del muestreo y puesta a prueba de lo proporcionado por la naturaleza, sino de una selección y

propagación con sentido crítico, una empresa llevada a cabo con tanto cuidado que el hombre histórico no ha agregado ninguna planta ni ningún animal de importancia básica a los que ya eran cultivados y domesticados por las comunidades neolíticas." (1) Sobre este particular, A. Moret y G. Davy expresan lo siguiente: "Estas conquistas, en especial la agricultura, conducen a la rápida transformación de los grupos humanos en sedentarios. En un principio, la agricultura no obligó necesariamente a un sedentarismo total y la forma primitiva sería la llamada agricultura de azada, aún bastante extendida en la actualidad y que consiste en la explotación de una parcela determinada --especialmente por mujeres-- exigiendo el máximo rendimiento del suelo y cambiando de lugar al agotar éste su fecundidad. Cuando la deposición periódica de una capa de lino fertiliza el suelo no hay necesidad de cambiar de lugar y su observación liga necesariamente una población a un determinado suelo. La mejora económica que supone la agricultura es causa también del aumento de población y de la necesidad de formas sociales y políticas más desarrolladas". (2)

En este momento toman configuración ininstitucional en el hombre, dos sentimientos que hasta entonces le habían sido totalmente desconocidos: la seguridad y la territorialidad. Hasta este instante --ya lo dijimos-- el hombre

(1) LEWIS MUMFORD: OP. Cit., Pág. 19

(2) A. MORET Y G. DAVY: "De los Clanes a los Imperios" Editorial UTEHA- Pág. 114

vivió en una permanente carrera contra los espacios, las estaciones, la intemperie y la escasez. El sentido de la seguridad no existía porque todo en su existencia era provisional, mutable, inestable, inasible. Hasta la misma geografía se distorsionaba y transformaba ante sus propios ojos o durante el período que mediaba entre la recolección anual de los mismos frutos: por las crecientes de los ríos, por los movimientos geológicos, etc. Pero al producirse la domesticación de los animales y el cultivo de algunas semillas, aparecen como una necesidad dos elementos nuevos: la permanencia, y su consecuencia natural, la defensa. El ciclo gestativo de los animales domesticados y los ciclos agrícolas, obligaban al asentamiento. La conveniencia de conservar regiones que ofrecían ventajas y proteger los excedentes que proporcionaban los nuevos sistemas de producción, inclinaban a considerar la defensa como una actitud fundamental del villorrio y de la aldea. Estos dos elementos nuevos en la experiencia humana (1) nunca jamás desaparecerán.

En este momento, así mismo, aparece otro gran instrumento histórico: la vasija. Debe anotarse un hecho: el hombre paleolítico fué un ser eminentemente agresivo. Todos sus utensilios denotan actos de acción: quebrar piedra o

(1) Se sabe que algunos pueblos no abandonaron del todo su vida nómada y recolectora. Luego de efectuada la siembra, emigraban en busca de caza o de otros frutos y regresaban para la cosecha. Pero estos eran casos muy irregulares y de tipo regresivo. Este estilo de vida mixta -nómada-sedentaria- lo practica aún la tribu sudanesa de los hadendoas.

madera, hacer huecos en la roca, golpear, partir, etc. El hombre neolítico, en cambio, hombre del asentamiento, se especializa en el utensilio doméstico: vasos, jarras, depósitos, cisternas, cestos, graneros y casas, así como también, los primeros grandes recipientes colectivos como embalses, canales, etc. Con el excedente, pues, aparece la vasija para el almacenaje. Y la vasija hace más indispensable el asentamiento. Aquí llegamos a un punto crucial de este análisis: en la cultura del neolítico termina todo ese largo período de la existencia humana en que el hombre no tuvo tiempo, seguridad, ni estabilidad para ser propietario de nada y por lo tanto, no conoció el sentimiento del lucro. Tampoco lo conoció la cultura mesolítica. Por el contrario, el dominio de estos últimos descubrimientos tornó conservador, sedentario, precavido y seguro, al hombre neolítico. Ya no experimentaba con plantas para establecer cuáles eran venenosas o digestivas ni le interesaba el descubrimiento de nuevas semillas para iniciar cultivos desconocidos. Había logrado las mejores raíces y los mejores crumamientos animales, decidiéndose por los más mansos y dóciles. Es el momento de la meditación y de las primeras indagaciones metafísicas. El hombre del neolítico es un hombre sobrio, sereno, un hombre que se dedica plácidamente a usufructuar lo que ha alcanzado en los anteriores 50,000 años de vagabundeo paleolítico. Será el hombre de las primeras inquietudes religiosas.

CAPITULO III

EL CAZADOR: SURGE LA CULTURA DEL LUCRO

El mundo de la seguridad que construye la cultura neolítica sugería ya la existencia de una especialización del trabajo. Antes había funciones conocidas y comunes a todos: caza, pesca y captura de frutas, raíces, etc. El afeto natural de la procreación determinó una diferenciación de funciones y los naturales períodos gestativos produjeron una diferenciación de trabajos en la aldea arcaica. El asentamiento acentuó las diferenciaciones. El alfarero, el talabartero, el tejedor de cestos, el pastor, etc., eran trabajadores que practicaban sus actividades dentro de los naturales ciclos agrícolas. Pero en el momento de produ-

cirse las cosechas, éstas debían suspenderse ya que la recolección exigía todo el tiempo y todas las energías disponibles. Eran actividades, además, que podían ser postpuestas por el tiempo que fuere necesario sin que se perturbara sensiblemente la economía de la aldea. Todas menos una: la vigilancia. La vigilancia del hombre neolítico debió ser permanente e intensa. Los pequeños bienes comunes tenían que ser defendidos de los merodeadores; las siembras, protegidas de la acción de los asaltantes; y, los animales domesticados, de la voracidad de los grandes animales salvajes e incluso, la vigilancia debía proteger la aldea de las inundaciones repentinas y alertar sobre la magnitud de las tempestades. Era esta una función que por sus características tan especiales sólo podía ser encomendada a un miembro de la aldea: al cazador, el hombre que durante las angustiosas y largas caminatas del paleolítico dió muestras de una habilidad excepcional para someter al oso, para capturar caza comestible, para ahuyentar y vencer al agresor. Y así surge un individuo sobre todos los individuos, un funcionario cuya misión no era ya la de sembrar, curtir, tejer, pulir, alfar, etc. Su misión era la más simple, pero al mismo tiempo la más trascendental: velar por todos; garantizar la vida y los bienes de la aldea. Era el hombre en quien todos comenzarían a reconocer excepcionales facultades y atributos.

Así, en esta primitiva diferenciación de funciones, el cazador tiene su tarea específica. Pero, como por ello

mismo ya no puede sembrar, ni trabajar el barro, incluso, ni aventurarse en prolongadas jornadas de cacería, tiene que ser alimentado y provisto por la comunidad. Este tiempo para el ocio le permite mayores oportunidades para la observación y para el desarrollo de su poder físico, con lo cual, suma nuevos poderes a su tradicional aptitud para la lucha. Más adelante, la acumulación y decantación de conocimientos a lo largo de generaciones, sumará al poder físico del cazador, el poder mágico de facultades de que carecerán el agricultor, el alfarero, el tejedor, etc. La suma de estos dos factores se traducirá en el poder político que comienza a configurarse desde entonces. Según afirma Henri Frankfort, "en los monumentos protoliterarios conocidos, el cazador aparece con las vestiduras y con el tocado distintivo que caracteriza a los jefes, quizás a los reyes". (1) Y en el mango de un cuchillo que fué encontrado en Gebel el Arak y que corresponde al período pre-dinástico, aparece ya el cazador en el papel de jefe político. El arma de este período, no es bélica ni agresiva; es un arma política: la maza. Instrumento que sirve para golpear, para imponer el orden, el respeto y la autoridad.

No hace muchos años se realizó un estudio en comunidades primitivas y las conclusiones han demostrado esa constante relación que existe entre el cazador y el jefe

(1) Citado por Lewis Mumford en "La Ciudad en la Historia",
Pág. 33

político. La investigación tuvo lugar entre los Siang-Dyak de Borneo. Este es un pueblo de economía basada en el cultivo del arroz, que complementa con la caza, especialmente del jabalí, la pesca y la recolección de frutos y raíces silvestres y miel. Es una economía típicamente neolítica desde el punto de vista de su sistema productivo. Estos indígenas trabajan también el hierro hasta el punto en que cubren sus necesidades de herramientas. El trabajo más arduo que realizan es el de limpiar la selva para la siembra del arroz.

Durante un mes se hizo un inventario detallado del trabajo que realizaba un grupo de estos individuos, con lo cual se obtuvo un cuadro estadístico de la cantidad de trabajo realmente ejecutado, de sus horas de descanso y del tipo de labor realizada. Este es el cuadro: (1)

<u>Individuos</u>	<u>Días Invertidos:</u>					
	<u>A</u>	<u>B</u>	<u>C</u>	<u>D</u>	<u>E</u>	<u>F</u>
-Actividad-						
Trabajando el arrozal	12-1/2	4	1	3	5	11
Trabajando arrozales de otro	3	4	1	5	9	2
Cazando en la selva	-	10	5	-	4	-
Recogiendo leña en la selva	-	-	-	1	-	-
Actuando de curandero	-	-	-	8-1/2	-	-
Viajando por Siangland	-	-	5	-	3	-
En casa, trabajando	3-1/2	6	3-1/2	2-1/2	2-1/2	-
En casa, descansando	6	4	11-1/2	7	3-1/2	-
En casa, enfermo o incapacitado	3	-	-	-	-	15

De los seis individuos representados en el cuadro anterior por las seis letras, el primero, A- es un hombre como de 50 años, casado, padre de un hijo grande; el segundo, B- es un hom-

(1) MELVILLE J. HERSKOVITS: "Antropología Económica"- Fondo de Cultura Económica, Pág. 91

bre como de unos 40 años, casado, con un hijo mayor; es el jefe de la aldea; el tercero, C- es el ayudante del jefe, de 45 años, soltero, que vivía con una hermana también soltera; el cuarto, D- es un "blian" o curandero, de unos 45 años, casado; el quinto, E- es un joven de 23 años, que lleva tres de casado con quien vivían su esposa, su suegra y dos hermanas. Mientras se realizaba la encuesta, un árbol le cayó sobre un pie incapacitándolo para reanudar el trabajo durante el tiempo que se realizó el estudio. Lo notable de esta investigación es que llegó a establecer que el cazador, es decir, el individuo que permanecía el mayor tiempo cazando en la selva, misión en la que sólo algunas veces le acompañaba su ayudante, resultaba a su vez, ser el líder de la comunidad. (1) En efecto, es el jefe político de la tribu y su ayudante en la caza es su asistente en el gobierno de la comunidad. Este estudio autoriza a suponer que el origen del poder político se encuentra en el cazador.

Vimos antes que en la aldea neolítica la vigilancia debía ser constante e intensa y que este mismo determinó su transformación, ya que se le exigía aptitud máxima para responder a los peligros crecientes que de todo orden lo

(1) MELVILLE J. HERSKOVITS: Op. Cit. Pág. 91

amenazaban. Esto a su vez determinó que los cazadores se convirtieran en un grupo de extraordinaria importancia y responsabilidad en la sociedad aldeana. Gozaron de libertad para escoger lugares en donde localizar puestos de observación, así como los sitios para asegurar una mejor defensa. Por ello, en donde moraba el cazador surgió primero el apostadero, luego la fortaleza y poco después, el cuartel. Pero, a medida que aumentaba la riqueza de la comunidad, aumentaban los peligros para la misma, por lo que el cazador o los cazadores resultaron insuficientes para afrontar las amenazas crecientes. Se hacía indispensable, entonces, la concurrencia de la comunidad toda a su propia defensa, cosa que sólo podía alcanzarse bajo las órdenes del cazador. Así llegamos al surgimiento del poder político. Pero hay algo más: de qué podría vivir, a esta altura del proceso de la comunidad, el cazador? No le era posible ausentarse por largas jornadas a la selva en busca de carne y frutos. No producía bien alguno. Desconecía la fabricación de vasijas, etc., ni sabía cómo obtener de la tierra granos, leche, o miel. Únicamente era capaz para aportar un bien intangible: la seguridad. Pero, ¿de qué vivía? Es lógico suponer que se proveyera del resto de los productores. Tenemos, pues, que así se inicia la contribución, o el impuesto voluntario: es decir, el pago de un tributo a cambio de la seguridad. Y aquí localizamos ya una de las raíces del soporte económico del nuevo poder que surge. Poco más tarde, al consolidarse

e iniciarse una casta de cazadores-políticos, el tributo no será ya voluntario, sino obligatorio. Surgirá de inmediato el palacio, sitio propio para la conducción de la política, y el cazador contará ya con dos elementos contundentes de poder: la fortaleza y el palacio, que luego se convertirán en uno solo. En este período del desarrollo humano no han aparecido todavía las guerras y cuando por razones de crecimiento entre dos comunidades, surgían conflictos, la natural pugnacidad del hombre se desvanecía, no en gigantescas luchas comunales, sino en lucha entre cazadores. De la habilidad combativa de éste dependía entonces la seguridad y el desarrollo de la aldea. (1)

Luego, alrededor del primer puesto fortaleza que se convirtió en la morada habitual de los cazadores, paulatinamente se asentaron los aldeanos, buscando protección. Como antes dijéramos, a la fortaleza siguió el palacio y a éste el santuario. Ya aquí tenemos los tres elementos básicos, los módulos que darán origen a la formación de las ciudades. Es bueno señalar que hasta este momento no ha surgido todavía en el hombre el lucro. A su acervo animico primitivo sólo se han incorporado dos nuevos valores:

(1) Lewis Mumford en la obra citada, pág. 34 dice lo siguiente, refiriéndose a los cazadores y pastores: "Ambos oficios reclaman capacidad de gobierno y responsabilidad en los que están arriba y en los que están abajo. Pero el oficio de cazador realizó la voluntad de poder y llegó a trasladar su destreza para cazar los animales salvajes al más altamente organizado de disciplinar y dar caza a otros hombres".